

cuando habiéndole preguntado como las había obtenido, les dijo : « Hermanos míos, esta noche he sido trasportado al palacio del emperador, quien ha firmado este documento ; después de lo cual he venido á Alejandría, en donde he hecho suscribir á sus oficiales ; y en fin ahí lo tenéis delante de vuestros ojos. » Ellos quedaron atemorizados por una maravilla tan grande, y con muestras de veneración presentaron á Amonatás sus sentimientos de reconocimiento ; enseguida fueron á presentar éstas cartas al gobernador, quien habiéndolas encontrado bien despachadas, no se atrevió á molestarlos más.

---

SAN NILAMON, SAN MELAS Y OTROS SOLITARIOS  
DEL EGIPTO <sup>1</sup>.

El *Martirologio Romano* hace memoria de san Nilamón cuyo edificante fin relata Sozomeno, y que se puede considerar como el efecto de su sincera y profundísima humildad.

Había á dos leguas y media de Pelusia una pequeña villa llamada Geras, cerca de la cual Nilamón se había construido una pequeña celda, cuya puerta había cerrado enseguida, y en donde vivía en gran retiro. Su principal propósito, dice Sozomeno, en encerrarse así, había sido evitar que se le elevase á las santas órdenes, como sucedía algunas veces á otros solitarios. Pero á pesar del silencio que guardaba, su clausura tan rigurosa hablaba bastante en su favor y hacía que los habitantes de la villa lo respetasen

<sup>1</sup> Vit. PP. Sozomeno, Tillemont, Cotelier.

más de lo que habría deseado. A la muerte de su obispo pareció pronto la estimación que le tenían ; pues presto echaron los ojos sobre él para sucederle. Fueron, pues, á su celda con esta intención ; pero de ningún modo pudieron obtener que consintiera en ello. Mientras ellos se ocupaban en vencer su resistencia, Teófilo de Alejandría llegó de Constantinopla, y el mal tiempo le obligó á permanecer en Geras. Por los habitantes vino en conocimiento de Nilamón y de que lo habían elegido para ocupar la silla vacante, y se juntó á ellos para determinar lo á aceptar este cargo.

Nilamón opuso igualmente á sus instancias las razones que su humildad le inspiraba. En fin, como viera que el patriarca no cejaba en sus instancias, le dijo : « Os ruego, Padre mío, me déis tiempo hasta mañana, para arreglar mis cosas, y entonces haréis de mí lo que queráis. » Teófilo no se descuidó de volver al día siguiente á su celda seguido de todo el pueblo, y quiso hacer abrir su puerta que estaba amurallada ; pero Nilamón le dijo : « Si os parece bien, Padre mío, antes haremos la oración. » — « Esto es justo, le respondió Teófilo, y me parece muy bien. » Nilamón, pues, se puso á orar, y orando entregó su espíritu á Dios. Mientras tanto Teófilo, que desde afuera aguardaba que él acabase de orar, viendo que el tiempo pasaba, lo llamó muchas veces ; y como no recibiera de él respuesta alguna, ordenó que se quitasen las piedras que cubrían la obertura de la puerta, y lo encontró muerto.

Su sorpresa y la de todo el pueblo fué extrema, pero sino lo pudieron tener por obispo, lo quisieron tener por abogado para con Dios. La resistencia que había manifestado á encargarse del episcopado, no la pudieron atribuir más que á su profunda humildad ; y su muerte tan inesperada, sólo la podían atribuir á la fuerza de su oración, que le había obtenido de Dios la gracia de morir antes que ser



expuesto á los peligros de esta eminente dignidad. Quedaron tan convencidos de una santidad tan bien marcada, que lo sepultaron con todo el decoro conveniente. Enseguida levantaron sobre su sepulcro una capilla en su honor, y todos los años celebraron en ella el día de su muerte con mucha solemnidad.

Su fiesta aún se celebraba en Oriente en tiempo del historiador Nicéforo, quien habla de ella. Sozomeno dice que su muerte no se debe llamar muerte, sino una verdadera vida en el cielo, pues no dejó la tierra sino para evitar el ser elevado á un honor del cual su extremada modestia le hacía creer ser indigno.

También tomamos del mismo autor lo que vamos á decir de san Melas y de su hermano Solón. Este gran Santo, á quien la Iglesia ha puesto en sus anales del 6 de enero, fué un intrépido confesor de la divinidad de Jesucristo. Se había ejercitado desde su juventud, en un monasterio, en el renunciamiento de todas las cosas de la tierra y de sí mismo; y habiendo sido hecho obispo de Rinocorura, ciudad situada en los confines del Egipto y de la Palestina, en esta dignidad conservó toda la simplicidad y desprendimiento de su estado de monje.

Su celo por la verdadera fé era demasiado conocido de los arianos para que le dejaran gobernar su Iglesia en paz. Fué puesto en la lista de los obispos ortodoxos, que dieron al emperador Valente, y como tal fué desterrado por orden de este príncipe con muchos otros obispos. No se sabe el lugar de su destierro; pero la manera como fué cogido para ser conducido á él, hace ver como con su virtud se había elevado sobre los honores del mundo y sobre sí mismo, y de que celo estaba abrasado para la gloria de Jesucristo.

Los que fueron á prenderle por orden del emperador, lo encontraron que preparaba las lámparas de la iglesia como

el último de sus ministros, ceñido de una toalla manchada de aceite y con méchas en la mano. Le preguntaron donde estaba el obispo; pues ¿ cómo podían pensar que fuese él viéndole en esta ocupación? El les respondió: « Está aquí y yo os haré hablar con él. » Al efecto les condujo á su casa episcopal, en la cual viendo que estaban muy fatigados, arregló la mesa, les sirvió él mismo la comida que tenía, les dió también agua con que lavarse, y por último les declaró que él era el obispo que buscaban. Estos oficiales no pudieron dejar de admirar una conducta tan generosa para con ellos, y al mismo tiempo tan humilde y caritativa. Fueron movidos por su virtud; y declarándole la orden que habían recibido de la corte para prenderle, le ofrecieron la libertad de salvarse en donde mejor le pareciera. Pero les respondió: « Estoy muy lejos de rehuir la participación en los sufrimientos de los otros obispos que sostienen la misma fé que yo; me considero demasiado dichoso en repartirlos con ellos. » Así fué conducido al destierro con los otros prelados, confesores de la divinidad de Jesucristo.

Su hermano, llamado Solón, al principio había emprendido la profesión de comerciante; pero dejó luégo su negocio para entrar en el monasterio de un excelente abad llamado Denis, que estaba en el vecindario de Rinocorura. Allí por los medios que su estado le sugirió y por la gracia del Señor, se elevó á una virtud tan eminente, que le hizo digno con el tiempo de ocupar la silla de su hermano después que éste hubo muerto. Nada sabemos de particular sobre este abad Denis, ni nada más de Solón, sino que siguió fielmente las huellas de san Melas en el gobierno de su diócesis; que estaba lleno de celo y de piedad para la religión, y que tenía para el prójimo una ternura y caridad verdaderamente pastorales. Este es el elogio que Sozoménos ha dejado de él.

El mismo autor dice que la iglesia de Rinocorura desde



su establecimiento estaba en disposición de tener santos obispos ; y que habiendo siempre observado muy religiosamente sus ordenanzas, no había cesado de producir varones distinguidos por su santidad. Que aún más de sesenta años después de la muerte de san Melas, el clero se había tan bien conservado en la regularidad eclesiástica, que todos aquellos que la componían habitaban en una misma casa, comían en una misma mesa, y todo lo poseían en común, como se lee de la iglesia de Jerusalén en tiempo de los Apóstoles ; lo que se puede considerar como el fruto del celo de san Melas y de otros santos obispos que le habían sucedido.

En la Arabia vecina al Egipto, que por esto en la *Historia monástica* comunmente se llama la Arabia de Egipto, habitaba Juan de Persia con otros muchos solitarios, de los cuales uno de ellos, llamado Santiago, era ecónomo ó procurador. Juan con su aplicación á la práctica de las virtudes religiosas había llegado á una gran simplicidad y á una inocencia perfecta. Imitaba la hospitalidad de Abraham, la dulzura de Moisés, la santidad de Aaron, la paciencia de Job, la humildad de David, la solitud de san Juan Bautista, las lamentaciones de Jeremías, el cuidado que tenía san Pablo de instruir á los otros, y la fe de San Pedro. Esto es lo que se ha dicho en sus *Actas*, y lo que le daba una entera confianza en la misericordia del Señor. Sobre lo cual preguntándole un hermano si, después de tantos trabajos que sufría para obtener el reyno de Dios, tenía motivo de esperanza en poseerlo, les respondió que sí ; porque habiendo tratado de practicar todas estas virtudes, él sabía que Dios, quien había prometido á aquellos que lo harían su reyno celestial, era fiel en sus promesas. Así, añadía con fé y humildad, yo creo tan firmemente como el buen ladrón que aquel que por su bondad me ha hecho tantas gracias, también me dará su reyno.

Algunas veces se hubiera dicho que llevaba la modestia demasiado lejos, sino supiéramos que aquello que no sería excusable en otros, á veces es digno de elogio en los Santos por la intención que se proponen ; pues no quiso reprender á un solitario á quien vió caer en un gran pecado, diciendo en si mismo. « Si Dios, que ha criado á este hermano, no hace caer el fuego del cielo sobre él para castigarlo de su pecado, ¿ quien soy yo para atreverme á corregirle? »

Lo que más se admiraba en él, es que cuando se le pedía algo prestado, no lo entregaba él mismo ; sino que decía simplemente : Tomad cuanto necesitéis. Si luego se lo devolvían, rogaba que lo pusieran allí de donde lo habían tomado ; y, sino se lo devolvían, guardaba silencio como si nada hubiese prestado.

El mismo en cierta ocasión tuvo necesidad de pedir prestado un escudo para comprar lino que empleaba en sus obras. Enseguida muchos otros hermanos se le presentaron unos después de otros á pedirle de aquel lino, á quienes dió con alegría. Esto fué causa que cuando el hermano que le había prestado el escudo vino á pedirselo, no estuvo en estado de devolvérselo ; pero le prometió que lo haría cuanto antes, y al efecto se fué á encontrar al solitario Santiago, quien como hemos dicho éra el administrador de este lugar. Yendo allí encontró en el camino un escudo, y muy lejos de recojerlo, se puso á orar y volvió á su celda.

El hermano se le presentó por segunda vez para retirar su escudo, y Juan le rogó que aguardara un poco más, que con seguridad se lo remitiría bien pronto. En efecto, se dirigió de nuevo á Santiago, encontrando en su camino el escudo que había visto la primera vez, también hizo lo que entonces. No obstante el hermano á quien lo debía se le presentó por tercera vez, apretándole mucho. Juan al mo-



mento recurrió al ecónomo Santiago, y encontrando en su camino el mismo escudo que ya había visto, lo tomó y lo llevó al ecónomo, relatándole cuanto le había sucedido y rogándole lo hiciera pregonar por tres días en la ciudad. Santiago lo hizo, pero nadie lo pidió. Entonces Juan le dijo: « Ya que nadie reconoce haberlo perdido, me voy á cogerlo y lo daré al hermano á quien lo debo; pues os confieso que cuando encontré este escudo por primera vez, yo para satisfacerlo, venía á vos para que me prestaseis uno, o me lo dieseis por amor de Dios; » Santiago admiró la moderación con la cual había diferido tanto el tomar este escudo en la apremiante necesidad en que se encontraba.

En otra ocasión dió tambien una prueba muy edificante de su virtud. Dos facinerosos se presentaron á su celda para ultrajarle; pero él bien lejos de ofenderse por ello ó de turbarse, los recibió como amigos, preparándose para lavarles los piés. En vista de esto quedaron ellos tan conmovidos, y al mismo tiempo avergonzados de su mala intención, que se postraron á sus piés le pidieron perdón, y se retiraron con sentimientos de contrición de sus crímenes.

Sin duda que Dios le había concedido el don de milagros; pues parece que los poseidos del demonio se le dirigían para ser librados por sus oraciones.

Se ha hablado en el tercer libro *de los Padres* de siete solitarios de la Arabia, que fueron cruelmente atormentados por los Sarracenos. Uno de ellos se llamaba Juan. Se ha creído que este podría ser aquel de quien acabamos de hablar; pero ninguna prueba de ello tenemos.

Nada de particular sabemos del ecónomo Santiago de quien venimos hablando. Puede que sea el mismo que el abad Jacob, quien llevaba las noticias del abad Matoé á Juan de las Celdas; pero en esto no hay razón de confundirlo con el abad Santiago el Cojo. Se encuentran algunas senten-

cias en la *Colección de los Padres*, bajo el nombre del abad Santiago, las cuales pueden pertenecer á este. Hablando del otro ya las hemos relatado.

Hubo dos solitarios llamados Majethes, de los cuales el uno era más anciano que el otro. No consta donde moraba el primero; el segundo concluyó sus días en el desierto de Sina. Lo colocaremos aquí, por haber sido formado en las virtudes religiosas en el desierto de Egipto.

Majethe el anciano vivía en un perfecto desprendimiento de todas las cosas. Ni siquiera tenía una celda en la cual se cobijara: la dejaba con la misma indiferencia para permanecer en otra parte, como si jamás hubiese tenido; y vi- viendo únicamente para el cielo, se consideraba sobre la tierra, como si no tuviera mansión alguna permanente. Todos sus bienes consistían en un instrumento de hierro, de que se servía para hacer cada día tres cestas de palmas, con cuyo trabajo se mantenía.

El otro Majethe más joven desde un principio se quedó en los desiertos de Scete y de la Tebaida, en donde fué instruido por los ancianos en los deberes de la vida monástica, y en particular por los santos Sisoe y Pemenio, dos resplandecientes lumbreras de la soledad. Lo formaron muy en particular en la humildad; é hizo tantos progresos en ella, que se loa muy particularmente de haber sobresalido en esta virtud. No comía más que un pan cada dos días; pero como un anciano le fuera á visitar en su celda y le pidiera cuenta de su conducta, le aconsejó que no pasara un día sin comer á lo menos la mitad de un pan, á lo cual se sometió al momento; pues no estaba prevenido en favor de su propio juicio, y era piadoso con docilidad.

Después que se hubo aprovechado mucho de los consejos de los ancianos se puso en estado de darlos á los otros. Así es como dió un excelente consejo sobre las cosas de que los religiosos deben hablar entre sí de cuyo consejo no



sería mal que todo el mundo se aprovechara : « En otro tiempo, dice, nos reuniamos y hablábamos de cosas útiles á nuestras almas ; con esto nos animábamos mutuamente los unos á los otros como dos coros que alaban y dan gloria á Dios ; lo que nos conducía al cielo. Ahora sucede lo contrario : nos reunimos, pero insensiblemente nos tomamos la libertad de calumniar, de maldecir á los otros ; así, muy lejos de santificarnos con nuestros coloquios, nos ponemos en peligro de perdernos y de caer en el infierno. » El abad Majethe terminó sus días en Sina, en donde había establecido su mansión un poco más abajo de la orilla.

Eulalio era cenobita, pero no se sabe en que monasterio. Practicó la humildad con tanta perfección, que parece no podia llegar ya mas allá. Por fuera no exhibía virtud alguna particular que le pudiera singularizar, no deseando más que ser confundido á los ojos de los hombres y hacerse únicamente agradable á los de Dios. Sea que el demonio quisiera arrastrarlo á la impaciencia, ó hacerle perder el fruto de su humildad ; sea que Dios lo permitiera para hacerle crecer en gracia y en mérito, sucedía muchas veces que, cuando se rompía algun vaso, ó se estropeaba otro mueble cualquiera, ó se cometian otras faltas semejantes, los culpables se lo imputaban á él, por mas que fuera muy inocente, pero en lugar de justificarse, al momento se postraba en tierra, se acusaba de ser un pecador y un negligente, y no solo sufría con silencio los reproches que le daban, sino que practicaba humildemente y con una dulce paciencia las penitencias que le imponían ; las cuales, según las reglas del monasterio, algunas veces consistían en hacerle pasar dos ó tres dias sin comer.

En fin, estas acusaciones se hicieron tan frecuentes, que casi todos los hermanos, y sobre todo los ancianos, viendo que jamás se justificaba, y confirmándose por esto en la idea de que era culpable, manifestaron á su abad que la ne-

gligencia de Eulalio ya no se debía tolerar más, que casi todos los muebles se habían roto por su culpa, que su conducta escandalizaba á la comunidad, que traía un perjuicio demasiado grande al monasterio, y por conclusión que convenía espulsarlo. El abad, que sin duda era un varón de Dios como se vió en esta ocasión, los apaciguó diciéndoles que tuvieran paciencia algunos días más, y que después se vería como se debiera proceder. Sin embargo, él recurrió á la oración para obtener del cielo las luces necesarias, y postrándose en su celda á los piés del Señor, le suplicó le manifestara su voluntad sobre Eulalio, su súplica fué oída, y luego reunió á todos los religiosos diciéndoles : « Creedme, hermanos míos, yo estimo en más una espuerta de Eulalio con su humildad y paciencia, que todas las obras que hacen para bien del monasterio aquellos de entre vosotros que trabajando, no cesan de murmurar allá dentro de su corazón. Pero para haceros ver como Dios mira á este á quien acusáis y á quien queréis expulsar por su pretendida negligencia, traed aquí cada uno vuestra cesta. »

Se cumplieron sus órdenes, y al mismo tiempo mandó que se encendiera un gran fuego, al cual arrojó todas estas cestas, que al momento quedaron consumidas á excepción de la de Eulalio, á la cual por milagro el fuego respetó.

En vista de esta maravilla los hermanos quedaron aterrizados. Se postraron todos, acusándose y pidiendo perdón á Jesucristo, y ensalzando en sus sentimientos de admiración la paciencia y la humildad de Eulalio, y desde entonces ya no lo consideraron más que como uno de los más excelentes solitarios, dándole en todas las ocasiones muestras de la mayor veneración. El humilde Eulalio, que no deseaba más que humillaciones, sufría muchísimo por el bien que se predicaba de él, y por las pruebas de estimación que recibía de sus hermanos. Se decía á sí mismo gimiendo : « Desdichado de mí que pierdo aquí el fruto de



mis prácticas de humildad que he tratado de adquirir durante tanto tiempo con el auxilio de Jesucristo. » Por esto tomó la resolución de fugarse del monasterio y aprovechando el silencio de la noche, se fué á un desierto donde esperó no ser conocido de nadie y fijó su domicilio en una caverna, Así este gran servidor de Dios, concluye él que cuenta esta historia, se quiso sustraer á la estimación y á las alabanzas de los hombres, no ambicionando más que recibir de Jesucristo, en precio de sus trabajos, la gloria celestial que está reservada en la vida futura á las almas humildes y fieles.

El abad Portas ó Portasio sólo nos es conocido por su paciencia y su desprendimiento de la vida en el estado de enfermedad al cual la Providencia lo había reducido. No pudiendo trabajar para su sustento, vivía de la caridad de los hermanos; pero quería se la hicieran puramente por amor de Dios. Pues, decía, si me traen algo por el amor que me tengan, ó por otra consideración, yo no lo quiero; porque por una parte pierden el mérito delante de Dios, y por otra no les puedo corresponder, pues no estoy en el estado del reconocimiento. »

Decía también: « En cuanto á mi vida, toda la abandono á los brazos de Dios; si él me la quiere conservar encontrará muy bien el medio para ello; pero si no quiere, porque lo he de querer yo? »

El abad Romano no es más conocido que el abad Portas de quien acabamos de hablar. Sólo se ha dicho de él que estando cerca de la muerte dijo á sus discípulos que le pedían un postrer consejo para bien conducirse: « Hijos míos, yo jamás he mandado algo á alguno de vosotros, que antes no haya tratado de disponer mi corazón para que no se ofendiera si aquello que quería no se hacía como yo había deseado; y vosotros habéis experimentado que obrando así hemos vivido reunidos en grande paz. » Hay

un otro Romano natural de Rosa en Sicilia, que moró cerca de Antioquía; del cual hablaremos en su lugar.

Xoio era de la Tebaida. Quería que los monjes fueran regulados y sobrios en el comer y el beber, sobre lo cual habiéndole un solitario preguntado si creía ser demasiado el comer tres panes, respondió: « ¿ Habéis, pues, venido á una era haciéndoos monje? » — « Y, añadió el solitario, ¿ será también demasiado el beber tres vasos de vino? » — « Esto no será demasiado, respondió, si en él no está el demonio; y lo será, si está. En fin los monjes que quieren vivir según Dios no deben usar el vino. »

Hizo un viaje á monte Sina<sup>1</sup>, y como volviera de él, un monje de este desierto gimiendo le manifestó, que sufría muchísimo porque hacía mucho tiempo que no había llovido. « ¿ Y porque no os dirijis á Dios? » le dijo Xoio. — « Ah! le dijo el hermano, nosotros rogamos y cantamos las letanias. » — « Se debe, pues, creer replicó el viejo, que no lo hacéis con la debida atención. » Habiendo dicho esto se puso á orar elevando las manos al cielo, y al momento vino la lluvia. Este hermano extraordinariamente sorprendido, se postró delante de él de rostro contra la tierra, y enseguida fué á contar á los otros solitarios esto que había sucedido. Ellos dieron por esto acciones de gracias á Dios; pero Xoio temiendo las alabanzas que se le preparaban se retiró al momento.

<sup>1</sup> Bulteau pone á Xoio entre los solitarios del monte Sina; pero por lo que de ello dice Cotelier parece que solamente hizo allí un viaje. Hay apariencias de que moraba en un desierto que no estaba lejos de él, lo que nos ha determinado á colocarlo aquí.